

## **TOLERANCIA, DEMOCRACIA Y DERECHO\***

**Agustín Squella**

Una manera de entender la filosofía consiste en considerarla como una actividad que tiene que ver antes con el significado de las palabras que con la verdad. De las palabras que la ciencia utiliza sin definir, de las que emplea la propia filosofía sin hacerse cargo de su significado, e incluso de aquellas palabras reputadas importantes que se usan en el habla común de las personas.

Desde esa perspectiva, este trabajo examina las palabras “tolerancia”, “derecho” y “democracia”, y llama la atención acerca de que la primera designa una virtud, la segunda un fenómeno cultural de carácter normativo y cuya nota distintiva es la coercibilidad, y la tercera una forma de gobierno. Por último, el trabajo, junto con relacionar de algún modo esos tres conceptos entre sí, los vincula también con la imperfección. Con la imperfección tanto de los individuos como de las sociedades que éstos forman. En síntesis, se sostiene que es porque somos imperfectos que necesitamos del derecho, que optamos por la democracia y que nos comportamos tolerantemente con los demás. A propósito de la tolerancia, el trabajo concluye con las compasivas imágenes que Voltaire utiliza en la parte final de su famosa obra sobre la materia.

---

AGUSTÍN SQUELLA. Doctor en derecho. Profesor de introducción al derecho y de filosofía del derecho en la Universidad de Valparaíso y Universidad Diego Portales. Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Ex rector de la Universidad de Valparaíso.

\* Conferencia dada en Centro de Estudios Públicos, Santiago, el 14 de agosto de 2006, como parte del ciclo de conferencias “¿Tolerantes o Incluyentes?”, organizado por el CEP.

## 1

Quienes trabajamos en el ámbito de la filosofía, aunque no como filósofos, sino como simples profesores de filosofía —y en mi caso, todavía, como profesor de esa hermana menor de la filosofía general, de esa filosofía regional que se llama “filosofía del derecho”— sabemos que, en alguna medida importante, nuestro trabajo tiene que ver con las palabras, aunque no con cualesquiera palabras, sino con las grandes palabras, con aquellas que por alguna razón consideramos importantes.

“Automóvil”, “cama”, “café”, son palabras frente a las cuales un filósofo, e incluso un profesor de filosofía, pasará seguramente de largo. No digo con ello que se trate de palabras que no designen objetos de algún interés, incluso para un filósofo, porque éstos acostumbran también conducir automóviles, beber café y ocupar ese invento genial que es la cama, porque en ésta, como todos sabemos, llevamos a cabo acciones muy importantes y placenteras, aunque en la cama suela sobrevenimos también el peor de los acontecimientos.

Sin embargo, nuestras palabras de hoy, es decir, las que dan título a esta conferencia —“tolerancia”, “democracia”, “derecho”— pertenecen a aquellas que todos, o cuando menos una gran mayoría, reputamos importantes, puesto que con ellas aludimos también a cosas importantes. Con ellas aludimos nada menos que, en ese mismo orden, a una virtud, una forma de gobierno, y a un fenómeno social de carácter preferentemente normativo que está fuertemente imbricado con la vida de cada cual y con las posibilidades de conseguir ciertos fines colectivos que a todos nos parecen deseables, tales como la paz, la seguridad jurídica y la justicia.

## 2

Decíamos que hacer filosofía es verse las caras con las grandes palabras, aunque no para hacer definiciones de ellas que vayan a quitarles su pega a los señores académicos de la lengua que de tanto en tanto fijan en sus diccionarios los significados más comunes que las palabras tienen, sino para echar un poco de luz acerca de los distintos usos que hacemos de palabras reputadas importantes. Ortega decía que filosofar equivale a una inmersión en el abismo que es cada palabra. No está mal. Aunque agregaba, con evidente siutiquería, “fértil buceo sin escafandra”. E Isaiah Berlin, uno de los grandes pensadores del siglo XX, nos recordaba que pensamos con palabras, de manera que el examen de las palabras es, a fin de cuentas, el

examen del propio pensamiento. De manera que los filósofos contemporáneos, particularmente de Wittgenstein en adelante, no hacen un trabajo nada menor ocupándose de palabras, porque —además de lo dicho— muchos problemas, como advirtió el propio filósofo austriaco, son sólo pseudos problemas causados por un empleo negligente de las palabras o no suficientemente convencional. Muchos de los así llamados “problemas filosóficos”, quiere decirnos, provienen de que no nos hemos puesto de acuerdo acerca de qué hablamos cuando hablamos de ciertas cosas, de qué hablamos cuando empleamos una determinada palabra. “Derecho” es también, por ejemplo, una palabra complicada, a pesar de que como fenómeno cultural que es acompaña al hombre desde las más primitivas formas de organización social y de que encontró, varios siglos antes de Cristo, una de sus expresiones más acabadas y perfectas en el antiguo derecho romano. Entonces, y dado ese contexto, ¿cómo entender que uno de los principales filósofos del derecho del siglo XX —Herbert Hart— háyase despachado un libro de cerca de 400 páginas acerca del concepto de derecho? Precisamente, *El Concepto de Derecho* es el libro más conocido e influyente del filósofo inglés del derecho y cuesta entender que todavía anden los expertos preocupados de elucidar un concepto —el de derecho— a estas alturas de los tiempos, más aun si pocos fenómenos culturales se encuentran tan imbricados como pasa con el derecho con la vida incluso cotidiana de las personas, que a cada instante, por ejemplo, están celebrando contratos, casándose, observando reglas del tránsito, arrendando un inmueble, utilizando el transporte público, comiendo en un restaurante, concurriendo al estadio o haciéndose lustrar los zapatos en la vía pública.

Hay que tener cuidado entonces. El uso abundante que demos a una palabra, o la fuerte imbricación que ella pueda tener con nuestra existencia —como es el caso del derecho— no es en absoluto garantía de que sepamos bien de qué estamos hablando cuando la empleamos, así no más sea porque todas las palabras tienen más de un significado, incluida una aparentemente tan simple, como “mesa”, que posee menos que siete significados posibles establecidos por el propio diccionario de la lengua.

Entonces, las palabras valen la pena, y su pérdida, ahora por falta de uso, es algo más que la pérdida de ellas mismas. Como designamos cosas con las palabras, la pérdida de las palabras, o sea, el fenómeno del empobrecimiento del lenguaje, equivale a perder las cosas mismas que las palabras que hemos perdido designaban. Perder palabras es perder realidad. Es percibir y dar cuenta de menos realidad de la que hay. Mabel Condemarin, gran educadora, muerta lamentablemente hace algunos años cuando era aun una mujer joven, ponía un ejemplo como éste, o parecido a éste: dos personas

puestas frente a una gran cantidad y variedad de árboles podrían exclamar cosas muy distintas. Una podría limitarse a decir “¡Qué lindo bosque!” Mientras la otra podría decir “¡Qué lindos pinos, eucaliptos, boldos y quillayes tenemos en este momento ante nosotros!” Pues bien, ¿cuál de esas dos personas tiene más lenguaje y cuál, por lo mismo, percibe y da cuenta de más realidad que la otra? Por cierto que la segunda, puesto que la primera, al no conocer las palabras que designan cada variedad particular de árboles, se limita a decir “bosque”, en tanto que la segunda, al saber tales palabras, consigue una percepción más rica de la realidad, la que transmite también de manera más provechosa.

Así las cosas, y perdonen este vicio de los viejos de andar dándoles consejos a los jóvenes, lean. Por favor, lean. Para entretenerse, desde luego, para vivir otras vidas —como en el caso de la novela, según Vargas Llosa—, para consolarse de las penurias de la existencia, para comprender más y mejor —como dice ahora Kundera también respecto de la novela—, e incluso, para ser más tolerantes y compasivos con los defectos y las vidas que llevan tanto los demás como nosotros mismos, según la bella idea de la filósofa norteamericana Martha Nussbaum. Ella llega a decir incluso que personas que leen novelas y que están llamadas a decidir sobre políticas públicas, o a tomar derechamente decisiones del mismo carácter —tales como jefes de estado, ministros, legisladores y jueces—, diseñarán mejores y más humanitarias políticas, y adoptarán también mejores y más humanitarias decisiones públicas, si han conseguido adquirir ese mayor sentido de la complejidad de cosas y de personas, esa mayor sensibilidad también, que se desarrolla a partir de la lectura de novelas.

El escritor norteamericano Jonathan Franzen dice, bellamente, que leer produce una suerte de “fraternidad de gente dubitativa e interrogante”. Lo que según él hacen los novelistas es preservar algo, concretamente, “una comunidad de lectores y escritores, y la forma en que los miembros de esa comunidad se reconocen mutuamente es que nada en el mundo les parece simple”. Todo lo cual me recuerda lo que leí en 2005 en un excelente ensayo de Milan Kundera —*El Telón*—, acerca de que cuanto más se observa una realidad cualquiera, más se entiende que no responde a la idea que todo el mundo se hace de ella. Y es allí, precisamente, donde entra la novela, porque ella nunca responderá a la idea que todo el mundo se hace acerca de la realidad, permaneciendo así ella, según el escritor checo, como “el último observatorio desde donde podemos abarcar la vida humana como un todo”.

Del modo antes indicado, la novela nos devolvería el sentido de la complejidad de las cosas, volviendo a los lectores personas más atentas, dubitativas y, ciertamente, más comprensivas. Kundera sostiene que la vida humana, como tal, es una derrota, y que lo único que cabe ante una situación de suyo irremediable como esa es intentar comprenderla. Tal es —agrega— “la razón de ser de la novela”, la cual se ocupa del lado penoso y de los aspectos vulgares de la vida, mas no para abatir al lector, sino para proporcionarle evidencia acerca de lo que este bien puede haber intuido a partir de su propia existencia: la belleza de los sentimientos modestos. Sólo la novela podría descubrir el inmenso y misterioso poder de lo fútil. Sólo ella puede apiadarse de lo efímero, rescatar lo perecedero, aunque rodeando todo ello de lo que Kundera refiere como “el sortilegio de las atmósferas”.

Tras dictar su testamento —ejemplifica Kundera—, don Quijote agoniza durante 3 días, acompañado de la gente que lo quería. Sin embargo, “comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar algo borra o templea en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto”. La única moral de la novela sería entonces llegar al alma de las cosas, no embellecerla ni menos promover virtudes ni ejemplos a seguir. Don Quijote mismo es cualquier cosa menos un ejemplo, aunque lo que piden los personajes novelescos es que se los comprenda y no que se los admire.

Volviendo ahora a la cuestión de las palabras y de la importancia que éstas tienen, no digo que sea malo ser diletante, pero Jodorowsky es para mí un diletante. Tanto, que me cuesta seguirlo. Es que siempre pareciera tener una respuesta para todo. Una respuesta amable, vital, estimulante, pero a mí todo lo que huele a esoterismo me pone los pelos de punta. Tenemos bastante tarea con procurar ser racionales, y lo grave es que, mucho antes de llegar a serlo completamente, se ha instalado ya el discurso de que la razón no nos lleva a ninguna parte.

Digo esto porque al reanudar su espléndido programa de entrevistas televisivas hace apenas unas cuantas semanas, Cristián Warnken escogió como primer entrevistado a Jodorowsky. Está bien. Yo me divertí escuchándolo. Pero también me perdí varias veces con sus respuestas, por momentos demasiado blandas, abarcadoras y optimistas. Pero hubo una de sus respuestas que me gustó y que viene a cuento. Dijo él, refiriéndose a las palabras, que éstas eran muy importantes, aunque no había que perder de vista que constituían únicamente la barca que nos permitía pasar de una ribera a otra del río, y que, por lo mismo, nunca deberíamos quedarnos sólo con las palabras, esto es, habitando indefinidamente la barca, porque de lo que se trata es de valerse de ésta para cruzar al otro lado.

## 3

Bueno, hoy tenemos aquí, en este ciclo, una de aquellas grandes palabras a las que me he venido refiriendo: “tolerancia”. Y, en el caso particular de esta conferencia, la tenemos acompañada de otras dos grandes palabras, a saber, “democracia” y “derecho”. Entonces, si hemos de ser coherentes con cuanto venimos diciendo, lo que correspondería hacer es sumergirnos en el abismo que es cada una de aquellas palabras, para de ese modo entender mejor de qué hablamos cada vez que las empleamos. Pero, claro, no se trata sólo de hacer un ejercicio lingüístico a propósito de esas tres palabras, sino también de valorar lo que cada una de ellas designa, o, si se prefiere, lo que cada una de ellas designa si se las entiende de determinada manera. Y ello porque la tolerancia es algo bueno, nada menos que una virtud, mientras que la democracia, en tanto la historia no nos muestre otra cosa, es la mejor forma de gobierno de la sociedad. Y en cuanto al derecho, convengamos que no se trata de un objeto particularmente interesante de estudiar, aunque con la advertencia de que, lo estudiemos o no —y así lo mostraban los sencillos ejemplos que dimos hace un instante— no podemos sacárnoslo de encima, sin olvidar tampoco que el derecho apunta a la realización de ciertos fines que cualquier persona sensata desea tanto para su desarrollo personal como del de la sociedad que habita. Paz, orden, seguridad jurídica, tales son los fines del derecho, y no son poca cosa. Justicia, se dice también, pero esto es ya más complicado, puesto que tener justicia en una sociedad es algo que no depende únicamente del derecho que en esa misma sociedad rija.

De partida, “tolerancia”, “democracia” y “derecho” son palabras que tienen que ver con la imperfección.

La tolerancia, desde luego, porque en su sentido originario, aunque meramente pasivo, consiste en resignarnos a convivir con personas cuyas creencias o ideas en cualquier ámbito —filosófico, religioso, moral, político, económico, artístico, etc.—, o cuyas concepciones, formas de vida, inclinaciones o preferencias no compartimos y, más aun, rechazamos e incluso repudiamos. En tal sentido, tolerancia no es aceptación del diferente, ni menos respeto por éste, y equivale simplemente a conformidad, paciencia —ya lo dije antes, resignación— a que si vivimos en el tipo de sociedades que Popper llamó “abiertas”, con todas las ventajas que ellas tienen, no hay más remedio que coexistir con las diferencias, incluidas aquellas que nos parezcan más alejadas de nuestras propias convicciones, opciones y preferencias, en nombre de tener en la sociedad una paz relativa que permita la concurrencia de todos y la exclusión de nadie, incluso de nosotros mismos,

renunciando al empleo de la fuerza —salvo aquella que emplea legítimamente el derecho para imponer las sanciones que prevé para el caso de infracción a sus normas— con la finalidad de imponer en la sociedad de que se trate nuestras propias creencias, preferencias o inclinaciones. En tal sentido, la tolerancia tiene también un componente de interés, puesto que si me decido a resignarme ante una diversidad que no apruebo, lo es también para que los demás hagan lo propio con mis creencias, preferencias e inclinaciones, es decir, para que no me priven por la fuerza de mi derecho a vivir con éstas, a perseverar en ellas y, eventualmente, a ganar adeptos para las mismas. Un gran amigo que tengo en España y que se dedica también a la filosofía del derecho, andaluz y numerario del Opus Dei (¿cómo será posible, digo yo, y le digo también a él, que un andaluz sea del Opus, y mi amigo, cada vez que se lo pregunto, suelta una carcajada), me hacía ver cierta vez que él era partidario de la democracia, incluso durante los fieros años de Franco en la península, porque se trataba de la forma de gobierno que permite mejor que cualquier otra la libre concurrencia y circulación de las ideas, incluidas por cierto las propias, lo cual le daba a mi amigo una mejor posibilidad de difundir y propagar las suyas propias. Ese amigo, a quien conocí en Granada como catedrático de Filosofía del Derecho, se llama Andrés Ollero y llegó a ser uno de los más destacados parlamentarios del Partido Popular. Ha estado más de una vez en Chile y no quiero omitir este magnífico detalle: cuando estuve en Granada por primera vez, allá por los 80 del siglo pasado, me invitó a conversar con los jóvenes que habitaban una residencia del Opus Dei, luego de lo cual me regaló, en un mismo paquete, dos libros que nada tienen que ver entre sí: *Camino*, de Escrivá de Balaguer, y *Juan de Mairena*, de Antonio Machado.

Pero hay también una tolerancia activa, pero muchísimo más difícil que la anterior, y que consiste en acercarse deliberadamente a quienes tienen creencias, ideas, preferencias y modos de vida distintos de los nuestros, con la finalidad precisa de entrar en diálogo con ellos, oír las razones que puedan darnos a favor de tales creencias, ideas, preferencias y modos de vida, y mostrarnos dispuestos a escucharlas y a comprenderlas e, incluso, a cambiar eventualmente nuestras propias convicciones y formas de vida como resultado de ese diálogo con quienes son o piensan diferente nuestro.

Sin embargo, el que haya una tolerancia también de este tipo —activa, la llamamos—, no significa que la anterior —esa que llamamos pasiva— carezca de todo valor. Con lo cual quiero decir que todos deberíamos ser tolerantes en el sentido pasivo del término —que ya es mucho—, aunque

no todos tenemos el deber de serlo en el segundo sentido, aunque sería deseable que intentáramos serlo.

Alguna vez me trabé en una discusión con un intelectual chileno progresista que decía abominar de la palabra tolerancia en el primero de los sentidos antes indicados, o sea, de la tolerancia pasiva, porque él —un idealista, al fin y al cabo— lo que estaba dispuesto a conceder a sus semejantes que pensaren o vivieren distinto era mucho más que resignación o paciencia, sino respeto, o sea, tolerancia activa. “No me gusta la palabra *tolerancia*; hablemos mejor de respeto, de simpatía, de amor...”, podría haber dicho ese intelectual, citando a Boutroux. Bien por él, digo yo. Y bien por mí, porque también procuro practicar lo que llamamos tolerancia activa. Pero cuidado con despreciar la tolerancia pasiva sólo porque hay una mejor que es la activa. La tolerancia, en su sentido pasivo, es una virtud, o sea, un hábito de bien, y se trata además de una virtud moderna, es decir, reciente, que costó mucho conquistar —costó, literalmente, sangre, sudor y lágrimas— y que trajo y trae mucho bien a la humanidad y a quienes formamos parte de ésta.

En tal sentido, pues, la tolerancia, al menos en su versión pasiva, tiene que ver con la imperfección. En dicha versión, tolerar no es propiamente un “ideal”. No es un máximo, sino un mínimo. Pero como apunta André Comte-Sponville en su *Pequeño Tratado de las Grandes Virtudes*, aun en su modalidad pasiva o mínima es mejor que nada o que su contrario. “Sin duda —escribe el autor francés—, “se trata de una fugacidad hecha para durar: si cesara, habría que temer un relapso en la barbarie más que un surgimiento de amor... Virtud pequeña, la tolerancia desempeña en la vida colectiva el mismo papel que la cortesía en la vida interpersonal”. Y remata: “sólo es un comienzo, pero algo es algo”.

Con todo, y aun en su manifestación puramente pasiva, la tolerancia, a diferencia de lo que sostenía Chesterton, no es la virtud de los débiles, de los indeseables, aunque tampoco voy a decir que sea la virtud de los fuertes. Es, sencillamente, ese mínimo de virtud que practican personas razonables y pacíficas, vale decir, normales, que, junto con recelar de toda uniformidad, cuentan con que van a vivir en medio de la diferencia y que tanto para ellas como para los demás resulta mejor que nadie excluya a otro en nombre de una pretendida verdad de sus creencias, opciones o preferencias. Como escribió Séneca, “sólo una cosa nos puede dar la paz: el contrato de indulgencia mutua”.

Porque la tolerancia —no pasemos esto por alto— nada tiene que ver con la indiferencia ni con igual justificación de todas las posturas o puntos de vista. Como nos dice Juan Ramón de Páramo, “ser tolerante no



significa valorar todo de la misma manera ni abstenerse de la crítica, ni protegerse a sí mismo de la crítica contraria”. Todo lo contrario, como sostenía John Stuart Mill, tenemos que tolerar lo que nos parece incorrecto, reprochable, y ello porque no sólo estamos interesados en lo que la demás gente hace, sino también en las razones que pueda tener para hacer lo que hace. Entonces, más importante que la gente actúe correctamente es que lo haga autónomamente, con lo cual queremos decir que “el hecho de elegir uno mismo (elegir de modo autónomo) es más importante que hacer elecciones correctas (elegir correctamente)”. Lo que no deberíamos ser es inertes, conformistas, dóciles ni adaptables, puesto que lo que debemos ser, lo que necesitamos ser, es autónomos, en el sentido de ser capaces de adoptar nuestras propias decisiones y de llegar a tener para éstas razones que nos parezcan suficientemente serias, firmes y persuasivas. “Lo que se valora —dice Juan Ramón de Páramo— no es la posesión de la verdad moral, sino el ejercicio de la autonomía en su búsqueda: el hecho de que los individuos sean los creadores de sus propias vidas exige una actitud tolerante”.

Uno, claro está, podría discutir aquello de que somos creadores de nuestras propias vidas. Sí, en efecto, algo podemos hacer al respecto, a condición de que no perdamos de vista la incidencia de otros factores en el diseño y realización de aquello que, presuntuosamente, llamamos planes de vida. Como dice Woody Allen, son pocos los que están dispuestos a reconocer el importante papel que el azar juega en sus vidas, algo que él mostró, magistralmente, en dos de sus mejores películas, *Crímenes y Pecados* y la más reciente *Match Point*. Porque de esta última no vamos a olvidar tan fácilmente la imagen de esa pelota de tenis que golpea la parte superior de la red, vacila allí, suspendida en el aire, y durante a lo menos un segundo no se sabe de cuál de los dos lados de la cancha caerá finalmente. Lo mismo que en el filme de Allen pasa con el anillo de su víctima que el asesino lanza al Támesis para eliminarlo como una de las pruebas que lo inculpan, y la joya rebota entonces contra la parte superior de la verja de fierro y, sin que éste se dé cuenta, no va a dar a las aguas del río, sino que cae del mismo lado en que se encuentra el asesino.

Antes de dejar la primera de nuestras palabras —“tolerancia”—, conviene recordar, así no más sea de paso, lo que Karl Popper llamó la paradoja de la tolerancia, la cual podríamos presentar de la siguiente manera: sí debemos ser tolerantes, con todos, salvo con el intolerante, es decir, salvo con aquel que, si se hiciera algún día con el poder, suprimiría la tolerancia e impondría por la fuerza sus propias convicciones. Como dice textualmente Popper, “si somos absolutamente tolerantes, incluso con los

intolerantes, y no defendemos la sociedad tolerante contra sus asaltos, los tolerantes serán aniquilados y junto con ellos la tolerancia”. O sea, lo que Popper quiere decir es que debemos ser tolerantes con todos, menos con los intolerantes, algo parecido a lo que Gustav Radbruch, filósofo del derecho, propuso también en la década de los 40 del siglo XX, lo cual quiere decir que la intolerancia sería el arma para combatir al intolerante total. Yo, sin embargo, voy a discrepar del maestro Popper, porque pienso que la democracia exige tolerar incluso al intolerante, al menos en el plano de las ideas y de la difusión de éstas. Para mí no es tan simple que la libertad —la libertad de pensar, de expresarse, de reunirse, de asociarse— tenga que ser negada a los enemigos de la libertad. Como dice André Comte-Sponville, “una virtud no puede parapetarse en la intersubjetividad virtuosa: quien sólo es justo con los justos, generoso con los generosos, misericordioso con los misericordiosos, etc., no es ni justo ni generoso ni misericordioso. Tampoco es tolerante quien sólo tolera a los tolerantes... Sin duda es verdad que los intolerantes no tendrían derecho a quejarse de que no se practique con ellos la tolerancia. ¿Pero dónde se ha visto que una virtud dependa del punto de vista de quienes carecen de ella?”. De este modo, yo no tengo ningún problema con aquellos grupos neonazis, ya sea que pertenezcan a la calle o a los salones, que van por ahí pregonando el disparate de la raza superior y el derecho de ésta a imponerse a todos quienes no pertenecen a ella o colaboran a la disolución de valores personales y sociales que a dichos grupos parecen fundamentales. Otra cosa, sin embargo, es que el derecho no haya de actuar cuando esos grupos pasan de las palabras a los hechos y, bajándose del estrado desde donde difundían sus ideas intolerantes y antidemocráticas, pasan de hecho a golpear en la cabeza a quienes tienen posiciones diferentes. O entran al recinto de una de las cámaras del Congreso Nacional e interrumpen a punta de pistola la sesión parlamentaria que se llevaba a cabo en ese instante. Pueden continuar imprimiéndose y distribuyéndose miles de copias de *Mi Lucha* y el derecho ni los tribunales deberían intervenir para impedirlo. Pero otra cosa es que uno de los lectores de ese libro, blandiéndolo en una de sus manos como la verdad absoluta y salvadora que precisaba la humanidad, instale un campo de concentración para los judíos y prive a éstos de libertad, haciéndolos además objeto de actos de tortura. Los pensamientos no se castigan. Y mientras un sujeto no actúe externamente en una dirección contraria a la que el derecho le señala, nada puede ni debe hacer éste, por muy malos que sean los pensamientos y las intenciones que ese sujeto pueda tener en mente.

Sí, en efecto, tiene razón Faye cuando se pregunta acerca de cómo pensar el problema de la libertad de expresión a que también tiene derecho

el intolerante, cómo definir la tolerancia hacia dicha libertad y qué hacer, en consecuencia, para que nuestra tolerancia no se transforme en complicidad con el intolerante absoluto. Pero mi punto es éste: la intolerancia es siempre intolerable, descontado el hecho de que negar su libertad de expresión al intolerante será las más de las veces ineficaz. Supuesto que el comunismo sea una doctrina intolerante —y yo creo que lo es—, la Constitución de 1980 proscribió al partido comunista chileno, no obstante lo cual, como es obvio, aquél continuó existiendo y teniendo adeptos y partidarios. Pero lo más notable es que, levantada dicha proscripción por una reforma constitucional acordada en 1989, lo cierto es que el partido comunista tiene en Chile hoy un número muy reducido de militantes y no sobrepasa el 5% del electorado en las elecciones en las cuales ha participado. Lo cual no quiere decir que no deba tener una representación en el Congreso nacional que sea proporcional a ese apoyo ciudadano. Como escribe Leticia Gianformaggio, “la tolerancia se valora siempre positivamente y la intolerancia negativamente. Tolerancia quiere decir disponibilidad a la comparación; quiere decir reconocimiento y aceptación de la diferencia advertida como desafío y, como tal, considerada estimulante más que amenazadora”.

La democracia, por su lado, también tiene que ver con la imperfección, y de ahí que, tratándose de un tópico o lugar común, no es para nada desacertada la afirmación de que no se trata de la mejor de las formas de gobierno, sino sólo de la menos mala. O, como decía Popper, ni siquiera se trata de una forma de gobierno, sino de un sistema que permite sustituir gobernantes ineptos sin derramamiento de sangre. La democracia —decía Raymond Atron— se escribe en prosa, no en verso, y es quizás por eso que, salvo cuando se la pierde o nos la arrebatan, nadie, sobre todo los jóvenes, parece perder el sueño ni menos cortarse los brazos por ella.

No teniendo una respuesta racional a la pregunta acerca de quién debe gobernar, la democracia dice que puede hacerlo cualquiera, a condición de que obtenga para sí la mayoría en elecciones periódicas sujetas a ciertas reglas que no es del caso examinar. La respuesta a dicha pregunta por parte de la democracia es osada, puesto que dice que puede gobernar cualquiera, y ese rasgo suyo es el que hace posible que todas las posiciones políticas en pugna puedan concurrir al ruedo público, debatir, confrontarse pacíficamente y disputarse las preferencias de las personas, sobre todo a la hora de las elecciones.

Pero la democracia, al ser sólo gobierno de la mayoría, y no tiranía de la mayoría, al constituir uno de sus presupuestos el respeto por las minorías, por los derechos de éstas, en especial el de llegar a transformarse alguna vez en mayoría, impide la realización plena de cualquiera de las aspi-

raciones en pugna y obliga a acuerdos y transacciones entre los puntos de vista opuestos, así no más sea porque la actual mayoría sabe que alguna vez podrá pasar a ser minoría, y en este último carácter le gustaría que la tomaran en cuenta, y porque la actual minoría aspira a llegar ser mayoría y no querría que, llegado ese momento, la minoría bloquee todas sus iniciativas. Además, muchas decisiones normativas del parlamento requieren en una democracia de quóruns especiales, para reunir los cuales la mayoría precisa de la minoría, lo cual obliga al diálogo, al acuerdo, a la transacción, a la búsqueda de un punto de vista que en lo posible todas puedan compartir, aunque no colme totalmente las aspiraciones de nadie.

Otra de las decepciones que causa la democracia proviene de la inevitable gradualidad de los cambios que ella va consiguiendo en las condiciones de la vida de las personas, y eso si la mayoría gobernante tiene verdaderamente el propósito y la voluntad de gobernar a favor de tales cambios, algo que no todos los partidos y coaliciones que disputan el poder quieren realmente o están en condiciones de asegurar. En tal sentido, no da lo mismo quién gobierne en una democracia, es decir, no da lo mismo a quién se otorgue el voto de la mayoría, puesto que, nos guste o no continuar escuchando este lenguaje, lo cierto es que hay partidos de derecha y partidos de izquierda, o partidos que se inclinan más a uno que a otro de esos dos lados del espectro político, una verdad que no queda desmentida por el hecho de que, llegado el momento de las elecciones, casi todos los partidos y coaliciones levanten un discurso de centro, lo cual no significa que se hayan desplazado efectivamente al centro, sino que, teniendo asegurados los respectivos votos de derecha o de izquierda, según los casos, intentan sumar el de aquellos votantes que no se identifican ni con una ni con otra. Por tanto, ese desplazamiento o movida de todos hacia el centro en época de elecciones no es tal, sino apenas un discurso que se monta, tanto por quienes están a la derecha como por quienes lo están a la izquierda, para aumentar el número de sufragios que esperan conseguir. Otra explicación plausible de esa movida hacia el centro podría provenir de que tanto la derecha como la izquierda se avergüenzan hoy de los errores y aun crímenes cometidos o avalados cuando se presentaban simplemente como tales. La izquierda se avergonzaría de haber despreciado y aun sofocado la libertad en nombre de una igualdad que tampoco fue capaz de conseguir cuando dispuso del poder, mientras que la derecha lo haría de su similar aplastamiento de la libertad, en su caso en nombre del orden y sobre todo de la propiedad, en aquellos largos momentos, sobre todo en América Latina, cuando promovió, bendijo y participó en los gobiernos militares represivos que conocimos aquí y allá. Por eso es que hoy la derecha se presenta como

“centro derecha”, mientras que parte importante de la izquierda lo hace bajo el apelativo de “centro izquierda” o, simplemente, de “progresismo”, una expresión esta última que es todavía más difusa y menos comprometedora que “centro izquierda”. Y todo ello porque si el valor principal de la derecha, aquel por el que está dispuesta a dar la vida, o, cuando menos, a sacrificar la libertad, es sin lugar a dudas la propiedad, en el caso de la izquierda ese valor está constituido por la igualdad. Un valor —lo digo de paso— que la izquierda chilena transó por el más blando, impreciso y difuso de “equidad” —que es una palabra típicamente democratacristiana—, previendo tal vez que si no lo hacía continuaría asustando al electorado con la más dura y comprometedora palabra “igualdad”.

En fin, la democracia siempre permite sólo cambios graduales, cambios de cantidad antes que de calidad, pero ya decía Hegel y repetía Bobbio que, a la larga, los cambios de cantidad se transforman también en cambios de calidad. Las dictaduras, como decía el pensador italiano, son lentas en cuanto a las peticiones y rápidas en lo tocante a las respuestas. Lentas las dictaduras en las peticiones, porque nadie o muy pocos se atreven a hacerlas y a encarar con ellas a quienes disponen del poder total, y rápida en sus respuestas, cualesquiera que éstas sean, porque una dictadura no tiene que consultar muchas opiniones a la hora de decidir, y, desde luego, no tiene que negociar con ningún parlamento o congreso en el que estén representadas tanto fuerzas políticas que le son favorables como adversas. Por su parte, la democracia es rápida a la hora de las peticiones, porque en ella hay plena libertad para formularlas —piensen ustedes, sin ir más lejos, en el movimiento de la primera parte de este año de los estudiantes secundarios—, pero es a la par lenta en las decisiones, porque quienes las reciben y deben resolver acerca de ellas son actores múltiples que se reparten con independencia unos de otros en distintos poderes del Estado. Entonces, no es raro que la reacción del Ejecutivo frente a las demandas de los secundarios haya sido, inicialmente, la de constituir una comisión o consejo asesor sobre la materia.

Por otra parte, es cierto que en Chile y en el resto de las democracias se vive una cierta crisis de la democracia representativa, que es aquella donde no es el pueblo quien gobierna directamente, aunque elige a quienes lo hacen por él. Ha surgido entonces un discurso a favor de la democracia participativa —como si la representativa no lo fuera—, creyendo que de lo que se trata es de sustituir una por otra, cuando de lo que en verdad se trata es de hacer cada vez más participativa la democracia representativa. Algo difícil de conseguir, al menos en nuestro país, donde los partidos políticos —elementos indispensables de una democracia representativa— no son

siquiera capaces de practicarla al interior de ellos mismos. Lo que pareciera haber hoy en nuestros partidos no son militantes provistos de opinión y de voto para elegir a sus dirigentes, sino “sensibilidades”, que no es sino una bella palabra de la que tales dirigentes se han apropiado para ocultar tras ella lo que al interior de los partidos no son otra cosa que rudos y minúsculos grupos de poder.

Y en cuanto al derecho y a su relación con la imperfección, fue a mi profesor de filosofía del derecho, el querido escritor playanchino Carlos León, a quien tuve la suerte de escuchar un pensamiento que no se me olvidó nunca: “El derecho es la consagración del escepticismo”. Sí, porque el derecho exige algunas conductas como debidas que es plausible avizorar que no van a ser cumplidas de buena gana o que no van a serlo del todo —como es el caso de declarar y pagar impuestos—, y preestablece entonces, con claridad, cuáles serán las consecuencias adversas o negativas, es decir, las sanciones, que deberán recaer sobre quien no lleve a cabo tales conductas. Pero lo mismo pasa en relación con comportamientos que el derecho exige como debidos y que nadie en su sano juicio cumple a regañadientes —como respetar la vida, la integridad física, el honor y el patrimonio ajenos—, y que el derecho, junto con exigirlos, y aun sabiendo que conductas como esas, antes que por él, vienen exigidas por la moral personal de los propios sujetos normativos, prevé no obstante fuertes sanciones para el caso de incumplimiento, anticipando que alguien, o más de alguien, las ejecutará en un momento u otro. En este sentido, entonces, el derecho es escéptico, puesto que exige conductas debidas que nos parecen obvias —como respetar la vida ajena y abstenernos de matar—, pero sabe que en más de una oportunidad alguien matará de hecho a otro, y es por eso entonces que anticipa una sanción para el caso de que tal hipótesis acontezca.

Pero no es mala cosa que nuestras tres palabras de hoy —tolerancia, democracia y derecho— tengan que ver en cierto modo con la imperfección. Con la frustración incluso. Porque la propia existencia humana puede no ser a fin de cuentas sino un permanente ejercicio para adecuarnos a la imperfección —de partida a la imperfección de uno mismo— y conseguir vivir no diré bien ni tampoco plenamente, sino lo mejor que se pueda. No quiero pronunciar aquí ese tipo de frases idiotas como “aprender a perdonarse a sí mismo” o, peor aun, “aprender a quererse a sí mismo” (porque nadie que se conozca mínimamente y no esté dispuesto a contarse cuentos puede de verdad llegar a quererse a sí mismo). No, no me refiero a ese tipo de frases que han sido sacralizadas por los libros de autoayuda y crecimiento personal que por montones salen hoy de la pluma de tantos embaucadores, sino

a cosas probablemente más sencillas, como, por ejemplo, a “hacer las paces con la imperfección”, con el desengaño, incluso con el sinsentido, con el total sinsentido de nuestra existencia, por emplear aquella frase de esa inteligente columnista de la *Revista El Sábado* que es María Eugenia Weins-tein.

Un total sinsentido, he dicho, exagerando probablemente los términos, porque el escritor triestino Claudio Magris tiene razón cuando dice que, entretanto, bien podemos tomar un vaso de vino. Si la existencia humana, vista en su conjunto y en la expresión individual que toma en cada caso, fuere nada más que un breve y efímero destello de luz entre las infinitas oscuridades que precedieron a la formación del universo y al nacimiento de cada cual, y que suceden también al acto de morir o a esa gran contracción final que espera al universo como desenlace más probable de este cuento, bien podemos hacer lo que sugiere Magris —tomarnos un vaso de vino—, donde vino quiere decir algo más que llevarse de vez en cuando un vaso de alcohol a la boca, sino el conjunto de las no pocas cosas reconfortantes y placenteras que la vida también regala, tales como amistad, amor, contemplación de la naturaleza, lectura de novelas, audición de la música, una tarde en el estadio o en el hipódromo, y cosas así. Quizás no se trate de una lectura que deba hacerse mientras se es demasiado joven —aunque no soy quién para hacer una calificación etaria de los libros que tendríamos que leer—, pero el poeta persa del siglo XI, Omar Khayyam, astrónomo, matemático, mujeriego y bebedor —y en todo eso con resultados bastante notables— proclamó en uno de sus cuartetos que “puesto que ignoras lo que te reserva el mañana, esfuérzate por ser feliz hoy. Coge un cántaro de vino, siéntate a la luz de la luna y bebe pensando en que mañana quizás la luna te busque en vano”.

#### 4

A propósito de la tolerancia, no quisiera dejar sin mencionar dos breves textos clásicos sobre la materia: “La carta sobre la Tolerancia”, de John Locke, publicada en 1689, y el *Tratado de la Tolerancia*, de Voltaire, que es de 1763. La de Locke es en verdad la primera de cuatro cartas que publicó sobre la materia, y con ellas el filósofo inglés buscó dar bases firmes a la libertad religiosa, entendida ésta en tres sentidos, según nos aclara Pedro Bravo Gala, a saber, primero, autonomía del individuo para elegir su religión; segundo, autonomía de cada grupo o confesión religiosa para cultivar, expresar y propagar su fe: y, tercero, igualdad de los distintos grupos religiosos frente a la autoridad política. Con todo, Locke no alcanzó

a tanto como admitir que la libertad religiosa incluyera también la de no tener religión alguna o la de negar, derechamente, la existencia de Dios. Así, escribió, “no deben ser de ninguna forma tolerados quienes niegan la existencia de Dios. Las promesas, convenios y juramentos, que son los lazos de la sociedad humana, no pueden tener poder sobre un ateo. Prescindir de Dios, aunque sea sólo en el pensamiento —continúa Locke— disuelve todo”. Así, “aquellos que por su ateísmo socavan y destruyen toda religión, no pueden tener pretensiones de que la religión les otorgue privilegio de tolerancia”. Una grave confusión, como ustedes ven, entre religión y moral, en una época —hay que concederlo— en que las posibilidades de una moral laica, esto es, de una moral sin Dios, deben haber resultado bastante peregrinas. Tema éste, por lo demás, que fuera discutido a inicios del mismísimo siglo XXI entre Umberto Eco y el ex obispo de Milán, Carlo María Martini, en esa deliciosa correspondencia que fue publicada con el título *En Qué Creen los que No Creen*.

Lo interesante, en todo caso, es que la tolerancia se abrió paso allí donde las creencias de las personas son más irreductibles —las de carácter religioso—, y ello por una razón eminentemente política. La formación y consolidación del Estado moderno se vio amenazada por las guerras de religión, las cuales ponían en riesgo la unidad nacional, de modo que por medio de diálogos entre representantes de distintas religiones fue instalándose la idea de que a unos y a otros no quedaba más alternativa que mostrarse recíprocamente tolerantes, al menos en el sentido pasivo que explicamos antes en esta conferencia. Es por eso que Locke llamaba a “distinguir entre las cuestiones del gobierno civil y las de la religión, fijando, de este modo, las justas fronteras entre uno y otro”. Y agregaba: “Si esto no se hace, no tendrán fin las controversias que siempre surgirán entre aquellos que tienen, o por lo menos pretenden tener, un interés en la salvación de las almas, por un lado, y, por el otro, en la custodia del Estado”. Y sin dejar ningún lugar para dudas sobre la base política de la tolerancia religiosa, añade todavía el filósofo inglés: “En la variedad y contradicción de las opiniones en materia de religión, en la cual los príncipes del mundo están tan divididos como en sus intereses seculares, el estrecho camino se haría mucho más angosto; solamente un país estaría en lo cierto, y todos los demás del mundo se verían en la obligación de seguir a sus respectivos príncipes por los caminos que llevan a la destrucción”.

Exhorta, pues, Locke, a sus contemporáneos, afanosamente, a la caridad, a la humildad y a la tolerancia, y a “tratar diligentemente de aplacar y moderar el valor y la aversión irracional que han sido encendidos en sus mentes contra los disidentes”.



Por su lado, Voltaire, inspiró su célebre *Tratado de la Tolerancia* en lo acontecido a un comerciante francés en pleno siglo XVIII —Juan Calas—, quien fue condenado y ejecutado bajo la acusación falsa de haber matado a su hijo porque éste quería convertirse al catolicismo, un episodio que desencadenó en Francia una verdadera marea de fanatismo religioso. Y resulta sumamente interesante comprobar a raíz de la lectura de ese libro cuáles son los remedios que su autor propone contra lo que él mismo llama “la rabia de las almas”. Dice: “La rabia del prejuicio que nos lleva a creer culpables a todos los que no son de nuestra opinión, la rabia de la superstición, de la persecución, de la inquisición, es una enfermedad epidémica que ha reinado en algunas épocas, como la peste”, de manera que, citando a Cicerón, previene diciendo que “si dejáis entrar en vuestra casa la superstición, os perseguirá por todas partes y no os dejará un momento de descanso”.

Y aunque se trata de una cita algo extensa, pero estamos ya en el final de mis palabras, fíjense en lo que propone Voltaire, en la última página de su tratado, lo cual se relaciona con aquella imperfección humana de que hablamos aquí hace un instante y con la compasión que debiéramos tener unos con otros:

Discretamente fiel a la religión, sé humano, compasivo, prudente, indulgente como ella y sin ahogar a otro, piensa en ganar el puerto; quien perdona tiene razón; la cólera no. En nuestros fugaces días de penas y miserias, ya que somos hijos del mismo Dios, vivamos como hermanos: ayudémonos mutuamente a llevar la carga. Todos caminamos doblados bajo el peso de nuestros males. ¡Mil crueles enemigos asaltan nuestra vida, por nosotros siempre maldita y siempre querida! Nuestro corazón extraviado, sin guía y sin apoyo, arde en deseos o se hiela de fastidio; ninguno vivimos sin conocer las lágrimas. Los encantos de la sociedad consuelan nuestros dolores, al menos por un momento; remedio muy débil a males tan constantes. ¡Ah! No envenenemos la dulzura que nos queda. Creo ver a los forzados en funesto calabozo que, pudiéndose socorrer, combaten encarnizados con los hierros con que están encadenados.

Y agrega todavía lo siguiente:

El género humano se asemeja a un tropel de viajeros que van en un buque; unos están a popa, otros a proa, varios en la cala y en la sentina. El buque hace agua por todos lados; el huracán es continuo; miserables pasajeros que seremos sumergidos, ¿es preciso que en vez de darnos los socorros ne-

cesarios para endulzar nuestra situación, la hagamos más horrible? Pero éste es un nestoriano, aquel judío, el otro cree en un picardo, el de más allá en un natural de Islebe; aquí hay una familia de ignícolas; allí son musulmanes; a cuatro pasos anabaptistas. ¡Eh! ¿qué importan sus sectas? Es menester que trabajen todos en calafatear el buque, y que cada uno, al asegurar la vida de su vecino por algunos momentos, asegure la suya; pero empiezan a disputar y perecen.

Recuerda Voltaire que cuando el rey de Prusia entró por primera vez en Silesia, un pueblo protestante, celoso de otro católico, vino humildemente a pedir al rey permiso para matar a todos los de aquel pueblo. Pero el rey respondió:

—Si ese pueblo viniera a pedirme permiso para degollaros, ¿os parecería bien que se lo concediese?

—¡Oh, graciosa majestad! —exclamó entonces el peticionario de la matanza—. Es muy diferente; nosotros somos la verdadera Iglesia.

“El buque hace agua por todos lados” es la imagen final de Voltaire que yo querría que todos retuviéramos. Hace agua muchas veces en nuestra familia, en nuestro lugar de trabajo, en nuestro barrio, en nuestra ciudad, en nuestra región, en nuestro continente, en todo el vasto planeta.

Entonces, si hemos de ser razonables, lo que es preciso hacer es calafatear, o sea, cerrar entre todos las junturas de las maderas de la nave para que no entre el agua. A la larga, y esto es cosa segura, igual nos hundiremos, pero, como dice Magris, entretanto bien podemos tomar un vaso de vino.

#### OBRAS CITADAS

- Comte-Sponville, André: *Pequeño Tratado de las Grandes Virtudes*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1996.
- De Páramo, Juan Ramón: *Tolerancia y Liberalismo*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1993.
- Eco, Umberto y Carlo Maria Martini: *¿En qué Creen los que No Creen? Un Diálogo sobre la Ética en el Fin del Milenio*. Buenos Aires: Temas de Hoy, 1999.
- Frazen, Jonathan: *Cómo Estar Solo*. Buenos Aires: Seix Barral, 2004.
- Gianformaggio, Leticia: “El Mal a Tolerar, El Bien a Tolerar, Lo Intolerable”. En *Doxa*, 11, 1992, Alicante.
- Hart, Herbert: *El Concepto de Derecho*. México: Editora Nacional, 1980.
- Khayyam, Omar: *Rubaiyat*. Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft Limitada, 1956.
- Kundera, Milan: *El Telón*. Buenos Aires: Tusquets, 2005.
- Voltaire: *Tratado de la Tolerancia*. Barcelona: Drakontos, Editorial Crítica, 1992. ☐